

LA PELADA DE LA CAÑADA

Cuento/leyenda relatado al autor.
por vecino antiguo del Barrio Güemes y
recopilada por Prof. Rafael E. Stahlschmidt Laulhé



La Cañada es un arroyuelo que nace al oeste de la ciudad de Córdoba – Argentina- llamado La Lagunilla. Este sin sujeción ninguna, atraviesa la ciudad casi por el centro actualmente, y, un arroyo que atraviesa la zona céntrica de la ciudad, una de esas grandes lluvias que suelen ser repetitivas en la provincia, sacudió a la ciudad sobrepasando las costas del

arroyo y produciendo la peor inundación que la ciudad conociese, el 29 de enero de 1939, por lo que el gobierno decidió encajonar el arroyo, tal como se lo conoce en la actualidad.

En los umbrales de la ciudad hacia el sudoeste, había zonas *non sanctas*, como El Abrojal, lugar de malevos y taitas, milongas y cuchillos, ni bien caía la noche. De allí también salieron músicos que aún hoy se los recuerdan como eximios de la música barrial.

Obviamente, la iluminación en ese entonces, es como la de ahora en 2015, no hay, y la oscuridad era reina y señora de la noche, salvo la iluminación de algún Ford A que pasaba ligerito hacia el centro, por “si las moscas”.

Córdoba no era diferente a las demás regiones; tenía sus cuentos y leyendas, las vecinas chismosas que barrían la vereda durante dos horas, mientras pasaban el parte diario de los sucesos. Pero hay algo que distinguía a Córdoba del resto del país: los cordobeses, ese personaje de peculiar cantito y de dañino hacedor de chistes y de una comicidad repentina que es digna de mencionar. Esa manera de ser que, creo yo como cordobés, sale espontáneamente sin darse cuenta hasta que lo dijo. Sobrenombres son un bautismo para quien se hace acreedor, es para siempre, y para colmo, es increíble como mirar al sujeto y recordar el sobrenombre, no deja de admirar que es cierto, como aquel rengo (existente aún), que le pusieron “culo con hipo”, por la forma de caminar y levantar la cadera. Nadie recuerda su verdadero nombre todavía.

Y ¿Por qué cuento esto?, porque los cuentos y leyendas de Córdoba tienen ese “saber a no sé qué”, muy particular, como dicen los versos a esta ciudad, “el perfume a glicinas”, “la

Plaza Colón”, “Alberdi”, “el Barrio Güemes”, “El Abrojal”, y es aquí, en este último barrio del suburbio, en donde ocurrió este misterioso hecho que mereció mencionarse en cantos a Córdoba la docta.

El Abrojal, lugar de malevos si los había, al costado del canal de la Cañada, al costado del Barrio Güemes, años antes de la mencionada inundación, ya contaban los lenguaraces de la zona, con algunos “escabios” encima, juraban y juraban por lo que se quisiera, que se veía de noche, por las orillas del canal, a una mujer vestida de negro, petisa, regordeta, y pelada, con un manto negro que le cubría el rostro. ¡¡Un fantasma!!!!, decían los del vino “carlón” pasados de vuelta, y charla de mujeres en el almacén del barrio.

- *Güen’ día ña, Clotilde, dijo una chismosa de la cuadra con la escoba en la mano solo para disimular.*
- *Güen día, comoanda usted..*
- *Aquí etamo con esa novedá*
- *¿novedá?, ¿la creciente dice usted?*
- *¡¡vió que’terrible lo que pasó, y todavía pas’agua!!*
- *Dí que se ‘pareció la “pelada”.....*
- *¿Vio doña?, anoche asi dicen; di’ que apareció la pelada, ¿va’ crer usted?.....*
- *¿si?, fíjese que la Deolinda’ dijo lo mismo, vaya’ saber una, algún joven caliente hay’ ser, di que’ tuvo con el Chacho, chupao, y que le dijo que le habló la “pelada”*
- *¿Siii, dígame usted, y que le habrá dicho.....!!!*
- *El chacho dí que le dijo de l’ inundación, fíjese.....*

.....

Esa era la conversación de las vecinas limpiando las veredas, pero nadie negaba la existencia, aunque las anécdotas eran innumerables. Aún hoy es comentario de los cordobeses, incluso hay quienes se resisten a creer que no existió.

La muchachada y las niñas con las madres muleto, salían de tardecita para el bailongo, o esperaban a la orilla de la ventana al mozo que les venía a dar serenata, con una voz que se notaba había sido entonada con tinto, y no del bueno. Pero este estado vitivinícola era casi obligatorio, porque se decía que la pelada se aparecía en “un’ derepente” y que asustaba a las personas que salían de farra o daban serenatas por el Barrio, y si algo intuían, corrían a “guarecerse en la guardia de la Cárcel de Encausados”, edificio aún existente a orillas de la Cañada.

También estaban los que juraban que, si bien habían esperado hasta que iluminara el sol, los trasnochados, se les aparecía acercándose suavemente, y en forma sorpresiva se les ponía al lado y mientras los acompañaba, les lloraba. Por supuesto, que a los trasnochados de las farras, se les pasaban los efluvios de golpe y no les alcanzaba las “patas” para

disparar, hasta que se daban cuenta que era una vecina que salía a misa, pero ellos juraban que era “la pelada”

Los vecinos del Centro, no había poder de que fuesen a esa zona al oscurecer, así fuera el casamiento de una hermana, era temor de esa famosa pelada que “todas las noches se aparecía”, nada de “vez en cuando”. Y por las dudas, “nada de pasar por los costados del canal de la cañada.

Cuenta la historia, después de haber trasnochado un par de lunas, un personaje de la zona, don Chacho, vecino del barrio Güemes, el cual era de los rescatadores de la tradición de los “probadores permanentes” del alcohol en cualquiera de sus diversas elaboraciones. Esa noche había “catado” de más, y con el estómago vacío no tardó en quedarse dormido recostado sobre el Calicanto de La Cañada.

Durante las primeras horas de la mañana de ese día, gris y con tenue llovizna, cosa que a don Chacho ni lo sentía, doña Deolinda salía de misa, cuando se da cuenta que se había olvidado del paraguas en la iglesia de San Francisco; y cuando volvía y estaba cruzando la Cañada, comienza ya a llover y acelera su paso para volver rápido a su casa, y veía con pena que se le mojaban el misal, el rosario y el libro de canto; cada vez llovía más intensamente, con furia y viento ... y era tanta el agua que caía y además con tanta fuerza, que en pocos minutos arrastró ramas, zapatos, sombreros y cuanta cosa había en las calles.

Ya la intensidad de la lluvia despertó a medias a don Chacho, que se percató que el agua había dado cuenta de sus zapatos rotos y la botella de vino, pero algo confundido entre sueños y resaca, vio una sombra y escuchó una voz... como, que alguien le intentaba decir en un lamento tembloroso:

–¡¡¡Chachoooo estás borrachoooo!!! ¡¡guardaaaa que se viene el aaaguaaaa!

–¡Aaayyyy, Dioosito! – gritó asustado don Chacho, persignándose.

En su sopor se levantó como pudo, temblaba, no se podía tener parado, pero el miedo a esa voz penosa que escuchaba, comenzó a alejarse para cualquier lado, inclinándose, golpeándose contra las tipas de la cañada, y fue entonces, cuando de repente vio un bulto negro a su lado, que emitía un grito desgarrador que gemía en una sola letanía:

–¡!!... aaayyyy... yyyyyaaaaaa!....¡¡¡Don Simón, se viene la inundacióonn!!

Don chacho, con un miedo espantoso, mira a su lado, la mujer vestida de negro se sacó el manto y descubrió su cabeza pelada y cadavérica. Don Chacho quedó paralizado y tembloroso, se le pasó la curda de golpe, y con la clásica tonada cordobesa del bajo, y gritó:

–¡¡¡ la, la, la pelaaadaaa!!!, entre susto y tratando de escapar de esa aparición.

Doña Deolinda que en ese momento justamente pasaba por allí, escuchó al borracho y pensó que le decía a ella y entonces enojada le contestó:

–Ma'pelao será usted, viejo mamacó.

–¡Noooo doñita, no le digo a usted, sino al fantasma de “la pelada” que me acaba de decir que viene l'inundación, gritando casi en mi oreja....

Doña Deolinda lo miró mal, como si lo quisiera zamarrear... luego vio que el hombre estaba borracho y salió corriendo pero tropezó con un tronco que ya traía el agua que crecía aceleradamente, de las orillas del cañadón, y el misal, el rosario y el libro de cantos fueron a parar al agua de la cañada, que venía crecido por la cantidad de agua que caía.

La pobre mujer se estiró para rescatar sus cosas, y quedó agarrada del borde con una mano y el cuerpo estirado con la otra mano agarrada de una rama de sauce. Don Chacho, ya más despierto, reaccionó, se agarró de un árbol y alcanzó a sujetarla de la ropa, pero no aguantó el peso por la resaca que no lo dejaba tenerse quieto, se resbaló y allá fueron, cayendo los dos al agua.

-ay,ay,ay, ayúdame Diosito, gritaba desesperada Doña Deolinda, tratando de tomarse de un tronco que venía arrastrado por el agua.

Y a Don Chacho, como estaba tan mareado se lo llevó la corriente, pero fueron rescatados por el “milico” de consigna que estaba cerca. Salvó a Doña Deolinda que gritaba desesperada; luego, se dio cuenta que la corriente se llevaba a don Chacho, y corriendo cruzó la escalerilla de la barranca de lado a lado de la creciente que ya llegaba y le tiró una soga que no pudo tomar, entonces el milico bajó, le pegó una trompada que lo desmayó y lo sacó a flote en brazos, como un héroe.

Fue la más grande inundación que sufrió la ciudad de Córdoba, que el gobierno comenzó a canalizarla realizando el famoso calicanto, que es hoy uno de los atractivos de la ciudad.



Ña Deolinda ya había reaccionado, se repuso a orillas de la Cañada, empapada y con frío, enfiló para su casa. En tanto, Don Chacho, se despertó después de un par de días en el hospital de Clínicas, cuando ya se había repuesto del todo. Pero no se le había pasado el susto. Una y otra vez les preguntaba a las enfermeras lo que había visto, oído, y repetía lo mismo; hablaba de la famosa “pelada”, pero no le hacían mucho caso, porque no dejaba de ser increíble.



Cuentan los vecinos de la Cañada que ña Deolinda no volvió a cruzar tan temprano la cañada hacia el centro, que don Chacho no volvió a emborracharse, y que, un día lluvioso de noviembre, ña Deolinda y don Chacho se casaron en la Catedral.

Luego de esa gran inundación se construyó La Cañada Nueva, para que el agua de lluvia se fuera por allí. Desde ese entonces, un par de veces vecinos de la zona dijeron que la habían visto, en diferentes versiones, pero se olvidó de ella, pasó como que se había muerto (nunca se negó que haya existido), pero en la ciudad de Córdoba nunca más hubo inundaciones.

© R.Stahlschmidt- Esta leyenda es del común de la sociedad cordobesa, pero la versión está recopilada por el autor. Prohibida su reproducción total o en parte sin citar la fuente sin permiso expreso del autor.